

13. El espacio de nuestra fidelidad

“Permaneced en mi amor” (Jn 15,9c).

Este “permanecer”, si es una gracia sin méritos, porque todo viene de Dios, – “Nosotros amamos porque Él nos amó primero”, exclama san Juan en su primera carta (4,19)– es un don que, precisamente porque Jesús nos lo pide, precisamente porque lo ofrece a nuestra libertad, implica una responsabilidad, un aceptar, es decir, la fidelidad. Toda nuestra fidelidad se juega en la permanencia en el amor de Cristo.

A menudo, el concepto de fidelidad a Dios y a la vocación se carga con una cantidad de exigencias, preceptos y deberes. Pero, en realidad, toda la fidelidad que Dios desea de nosotros es la de permanecer en su amor. Luego ésta toma mil formas, y se expresa en la fidelidad a ciertas personas, a ciertas cosas que hacer o no hacer, a ciertas cosas que decir o no decir, pensar y creer, etc. Pero si extraemos todas esas fidelidades de la fidelidad a la permanencia en el amor de Cristo, nos quedamos disipados, y entonces empezamos a perder el control de las diversas piezas del mecanismo de la fidelidad que nos hemos construido o imaginado. Cuántos monjes, monjas, sacerdotes o laicos comprometidos se quejan de que no pueden rezar bien porque están ocupados y preocupados con diversas tareas y servicios relacionados con su responsabilidad. Humanamente es comprensible, pero los santos nos enseñan que, cuando se está atento a lo esencial, todo se ordena y se mantiene en su esfera.

Al fin y al cabo, fuera de la permanencia en el amor de Cristo se cae en el pecado. Porque cuando no permanezco en este amor, me encuentro en el espacio del rechazo del amor que decidieron los ángeles caídos. Lucifer y sus seguidores no quisieron permanecer en el amor de Cristo, ese amor que desde la eternidad había decidido amar a las criaturas humanas hasta el extremo de la encarnación del Hijo de Dios, y hasta el extremo de la muerte en la Cruz. En un instante estos ángeles se negaron a permanecer en este amor, a permanecer en este amor tan gratuito, tan misericordioso, como para amar a las criaturas humanas, y más aún a los pecadores, como el Hijo es amado por el Padre. El demonio arde de celos por este amor misericordioso concedido a la humanidad pecadora.

Incluso el pecado original de Adán y Eva fue para la humanidad como un deslizamiento fuera del amor de Cristo, del amor de la Trinidad. Al comer el fruto, es como si los progenitores se hubieran salido del espacio de permanencia en el amor de Dios, en la ilusión, sugerida por la serpiente, de que fuera de este amor había una posibilidad de realización mayor que en él, más divina que el amor de Dios. El demonio sabía que esto no es verdad, porque ya ha salido de este espacio y sólo ha encontrado allí la nada del rechazo del amor, la nada del odio. El infierno no está fuera de Dios, porque Dios lo es todo. El infierno está fuera del amor de Dios, en el sentido de que no es más que un espacio de libertad que ha rechazado el amor y, por tanto, la alegría para la que fuimos hechos.

Lo experimentamos cada vez que cedemos a cualquier tentación contra el amor. Nos encontramos como peces fuera del agua, fuera del hábitat para el que fue hecho nuestro corazón. Nos encontramos en un espacio vacío y triste, gris, sin alegría, en una soledad abandonada. Y todo nos parece ajeno, sin belleza. Siempre recuerdo una vez, cuando era joven, estaba esquiando en la montaña y ya no me acordaba de la fea disputa que había tenido con alguien, y estaba lleno de resentimiento y de orgullo herido. Y mientras subía por el telesilla, en un día precioso, de repente tomé conciencia del paisaje, de la nieve, de las montañas, del cielo. Y me asusté porque toda aquella belleza me era ajena, no me maravillaba, no dilataba mi corazón como lo hacía habitualmente. Y allí me di cuenta de que el pecado no sólo es feo en sí mismo: lo afea todo, porque el ojo del corazón ya no ve el amor que se oculta y se revela en toda la creación.

Pero digo esto porque no hay que olvidar que cuando Jesús vino a decir en la Última Cena: "Permaneced en mi amor", seguramente Él era consciente de que había venido y estaba a punto de morir en la Cruz precisamente para permitir a todos los pecadores, a todos los hombres que se habían alejado de permanecer inocentemente en el amor de Dios que simbolizaba el paraíso terrenal, para permitir a todos volver a entrar y permanecer en este espacio, gracias a Él, por su gracia, en el don pascual del Espíritu Santo.

Luego debemos meditar sobre cómo volvemos a entrar en el amor de Cristo, y cómo permanecemos en él. Cristo nos pide que permanezcamos en su amor, en su amor que nos transmite todo el amor de la Trinidad, en su amor que es don totalmente gratuito, en su amor que salva al mundo, en su amor que es el tesoro, la perla preciosa que hay que atesorar, en su amor que no merecemos. *Sólo* nos pide que "permanezcamos" en su amor, que en el fondo es una actitud casi pasiva, un estar ahí que es como un descansar, un reposar, como un niño permanece, descansa en los brazos y en el pecho de su madre.

Pero así como Jesús nos lo pide, y de la forma como Él nos lo pide, comprendemos que permanecer, morar, es nuestro don al don infinito y total de Dios.

Nuestro don no añade nada al de Cristo. Pero el don de "permanecer" acepta como ser absorbido en el don de Cristo. Si permanezco en el amor de Jesús, es como si todo mi ser estuviera absorbido en Él, en el Tú amoroso del Señor. Pero el amor gratuito de Cristo, precisamente porque es gratuito, no absorbe al otro aniquilándolo, consumiéndolo en sí mismo como un alimento que se asimila. Al contrario, le da la plenitud de ser "otro", de ser un "tú" para el "TÚ" absoluto de la Persona divina del Hijo; y esto, en la comunión más estrecha que puede haber: la de Su amarme como el Padre le ama.

Cómo no pensar en el episodio posterior al discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm. Jesús anunció precisamente, en su discurso sobre la Eucaristía, que se nos da para ser absorbidos, asimilados al don de su Cuerpo y de su Sangre:

"El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí". (Jn 6,54-57)

Entonces casi todos le abandonan. No comprenden, interpretan según sus propios esquemas, y hacen lo contrario de lo único que Jesús pide para entrar en esta experiencia y quedar así iluminados y convencidos: se van, es decir, no se quedan. A excepción de los apóstoles que, tan confundidos y perturbados por el discurso de Jesús como todos los demás, al menos han comprendido que sólo quedándose podrán entrar en este misterio: "Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios»" (Jn 6,67-69).

Pedro se da cuenta de que si no se queda con Jesús no se queda con nadie, ni siquiera consigo mismo. Ya no tendría morada, ya no tendría una relación que le vivifica, que da sentido a su vida.